

Bípedos egoístas

El océano ha sido mi hogar desde que nací, recuerdo perfectamente el día que salí de el huevo que mi madre había colocado cuidadosamente en una playa, seguí mi instinto, aquel que ha sido heredado de millones de años en mi especie, todos mis hermanos y yo llegamos al agua. Nuestro futuro era claro, deslizarnos por las corrientes de agua que nuestros antepasados habían seguido, reproducirnos y tener una vida larga.

Sin embargo, encontré un gran problema desde el primer momento, el agua que se supone que debería sentirse como un hogar, estaba caliente y se me hacía pesado nadar en ella. Esas corrientes milenarias que debían guiar, eran impredecibles y me llevaban a playas de arena caliente y desagradable, donde uno no desearía nacer.

Un día, escuché una historia, unos terribles animales terrestres estaban calentando mi casa, matando a mis hermanos, quemando los verdes bosques y secando los caudalosos ríos donde viven mis lejanos parientes, estos, a la vez, asesinaban a mis análogos, negándoles la llegada al mar con sus luces artificiales y dejándoles morir por desorientación.

Escuché un rumor, más allá del horizonte existían playas como las de antaño, sin las manchas del egoísmo terrestre y donde podrían por fin nacer mis hijos, era un viaje arduo, escuché cientos de historias de aquellos que plácidamente vivían en playas frías y pacíficas, como las que habitaron mis ancestros.

Tomé las corrientes marinas calientes y pesadas que supuestamente llevarían a ese Nirvana, parecieron siglos de viaje, pasé por zonas calientes y frías, me perdí por costas y pude contemplar los restos de la basura de esos bípedos egoístas, que por cierto, pude ver en sus estructuras metálicas flotantes, lanzando enormes redes y capturando a miles de peces en su camino, siendo indiferentes de la destrucción desoladora, tanto de peces como corales y todo aquello que se interponga en su paso.

La esperanza es un área devastada, día tras día me arrepentía de emprender esta empresa, llevaba incalculable tiempo sin ver a nadie parecido a mí, hasta que, un día, vislumbré lo que era la forma de un igual a mí, nadé con ímpetu hasta él, con la falsa ilusión de que había llegado ya. Cuanto más me acercaba, más extraño me parecía el movimiento de aquella extraña tortuga, que por cierto, estaba teñida de negro, cuando estuve lo suficientemente cerca, vi una especie de medusa atada a su cuello, solo que en lugar de ser flácida como una medusa parecía rígida. Estaba muerta.

Impactada, dejé escapar gran parte del aire que tenía en mis cansados pulmones, por lo cual, tuve que subir, por el camino me encontré una barricada de objetos desconocidos para mí, eran todos de la superficie. Mientras ascendía, sentí como algo tiraba de mi cuello, mi primer pensamiento fue un depredador, por lo que traté de recluirme en mi fuerte y confiable caparazón, pero mis músculos no me obedecían, mis ojos se habían llenado de una pringosa sustancia negra y lo último que pude ver fue como otra de esas “medusas rígidas” se había atado a mi cuello. Había miles de estas, junto a los miles de cadáveres de los animales marinos que pude ver en esta fracción de segundo.